H

emos mantenido la posición según la cual los cursos de ética son indispensables en la formación del contador público.

Sabemos que el ejemplo de los profesores es la herramienta más poderosa para infundir un espíritu ético en los alumnos. Aun así, creemos que son necesarias ciertas reflexiones sobre ética. El bagaje conceptual suele ser muy apropiado ante la diversidad y el cambio constante del mundo de los negocios.

No es adecuado reducir la ética a los códigos adoptados por la profesión, generalmente centrados en los trabajos que realicen los contables. Tampoco es pertinente considerar que la ética está circunscrita a las normas legales, que pueden o no coincidir con tales códigos, resultando aquellas en ocasiones más vigorosas que éstos.

No cabe duda que la integridad es la principal virtud, actitud, que debe exhibir un profesional de la contabilidad. Lamentamos que muchos profesionales de carne y hueso creen que la ética no es algo que se confunde con el carácter, sino que parecería como un sombrero que se quita o se pone según las circunstancias.

No se puede confiar ni tener respeto en un contador que considera que hay mentiras que por pequeñas no son importantes, que considera que hay que ayudar a los clientes en sus deseos de generar imágenes en los usuarios de la información.

Mucho menos es admisible el que ejerce la profesión para ayudar a evadir, hacer contrabando, lavar activos, sobornar, enriquecerse a costa de ingenuos.

Pensamos que la ética considera la humanidad en su conjunto. No hay ética en lo que nos favorece y lastima a otros.

Hay que desconfiar de los que se auto alaban en materia ética y, ahora, en su responsabilidad social. Hay que luchar por ser ético cada día, ya que es posible borrar años de comportamiento correcto con una sola tropelía.

Creemos que todos podemos reivindicarnos. Seguramente caeremos más de una vez, pero debemos ser capaces de reconocerlo y de luchar por no volver a las andadas.

Sabemos que nada que se haga en lo oculto quedará en secreto. Por lo tanto, tratamos de actuar como si siempre estuviéramos a la luz del día.

El amor a lo ético trae consigo muchas mortificaciones, en un mundo que pretende volver todo relativo. No podemos caer en la trampa de creer que hay que ser flexible porque de lo contrario se cerrarán todas las puertas. Hay mucha gente correcta, aunque no parezca porque en nuestro país los medios de comunicación nos inundan de noticias malas las 24 horas de cada día.

Si una persona no cree en que hay que obrar con integridad en todos los momentos de la vida, mejor fuera que no pretenda ser contador público, pues será piedra de escándalo, desprestigiando a muchos.

*Hernando Bermúdez Gómez*